

EDITORIAL

LA DEMOCRACIA Y LOS PROCESOS ELECTORALES EN NUESTRO PAÍS

“La democracia moralmente deseable y legítima no se reduce a un mero mecanismo, sino que consiste en un modelo de organización social, basado en el reconocimiento de la autonomía de los individuos y en el reconocimiento de que la dirección de la vida comunitaria debe ser el resultado de la igual participación de todos...”

Nuevamente en El Salvador nos encontramos con aires electorales. Aires bastante enrarecidos, aún cuando hemos tenido mejorías en comparación con las décadas anteriores. Pero estos procesos electorales que sirven para elegir a nuestros gobernantes no son distintos en otras partes de América Latina. Podemos afirmar que así como vivimos y nos relacionamos en la sociedad elegimos a nuestros gobernantes. Y lo que es peor: creemos que por el sólo hecho de celebrar elecciones en un país, estamos en una sociedad democrática. Nos hemos olvidado que la democracia es un concepto integral.

Hace unas décadas, en toda América Latina se admitía que el candidato más idóneo para gobernarnos era un militar. Esa situación se debía por resabios de la Colonia o a que suponíamos que nuestros países, según el ideal nacional moderno, necesitaban orden, disciplina y progreso. La democracia, entonces, fue suplantada por el caudillismo: no sólo nos gobernaban los militares sino que sus gobiernos se prolongaban por mucho tiempo. Esa fue la historia del continente a lo largo de casi todo el siglo XX. Luego, a finales de los ochenta, el candidato idóneo fue el tecnócrata, el candidato que podía dar soluciones técnicas para salir de los problemas graves de nuestros países. Y así, el problema pasó a ser la unilateralidad de las propuestas. Posteriormente, adentrados en los noventa, el candidato ideal era aquel que no tuviese un “pasado político”. El perfil del gobernante debía ser un profesional con carrera, un altruista, con poca participación política para asegurar que no estaba viciado por la práctica política tradicional. Y en los últimos tiempos nos encontramos ante el candidato o el gobernante mediático. El perfil mediático busca que el candidato tenga una buena imagen, sin importar el contenido de lo que dice o promete. Además, se presenta como una persona dialogante y que sabe escuchar. Cabe advertir que el perfil del candidato mediático, en muchas partes del mundo, es el de una persona dueña de los medios de comunicación, o bien que trabaje en dichos medios. No hay duda que el candidato del pasado hablaba más que el del presente, que solamente escucha a la ciudadanía.

Lo preocupante de todos estos procedimientos electorales es que en países de bajo perfil democrático, como el nuestro, se llega a creer que la construcción democrática depende solamente de estos tiempos electorales. Dicho con otras palabras, en El Salvador siempre estamos en “campaña electoral”, es decir,

siempre estamos vendiendo imágenes de candidatos. Esto deja, consecuentemente, poco espacio para que los candidatos elegidos puedan hacer algo por el país. Todo ello produce, sin lugar dudas, un viraje en el rol de los gobernantes que fueron elegidos para servir al país, y que, pasadas las elecciones, se ponen al servicio del partido. O bien, el caso de alcaldes y diputados que renuncian a su puesto sin haber terminado el período para el cual han sido elegidos, para lanzarse como candidatos a otro puesto político. En definitiva, los candidatos se pasan en campañas donde prometen lo que nunca van a llevar a la práctica.

Los procesos electorales no son algo diferente de nuestra vivencia en la sociedad. En nuestra época, es inocultable el hecho que el sistema de lo político ha bajado de perfil (por ejemplo, el hecho político se ha tornado subsidiario del hecho económico). Lo político se ha desmembrado en muchos subsistemas. Un ejemplo claro es que la política se ha reducido a “políticas” de muchas dimensiones: políticas económicas, políticas educativas, políticas sociales. El hecho político, en el viejo concepto griego de la polis o vida en la ciudad, está cayendo cada vez más en desuso. A la ciudadanía no le interesa participar en elecciones. El abstencionismo crece cada vez más. Lo político es algo desagradable, y se deja para aquellos personajes que se dedican profesionalmente a la política. El desánimo es generalizado.

Así, en las propuestas de los candidatos pesa más la forma cómo aparecen en los medios, que el alcance de la propia propuesta política. La imagen del candidato prevalece sobre su propuesta de gobierno. Los partidos políticos, en los tiempos electorales, se esmeran en presentar una ‘nueva cara’ de antiguos o nuevos candidatos: más cercanos al pueblo, más amables, más veraces, más religiosos, mejores padres, más éticos, más sonrientes, etc. Los candidatos a vice-presidentes y las candidatas a primeras damas corren la misma suerte. Se trata de vender, desde la imagen antes apuntada, la idea que tal candidato es la persona idónea para gobernarnos en los siguientes años. Los principales rotativos del país hacen un análisis cuidadoso y profundo de la presentación de los candidatos: si le combina la corbata, cómo es su peinado, cómo caminan, etc.

La raíz de esta estetización social está en la fragmentariedad. Se puede justificar diciendo que vivimos ya en un mundo único donde no caben las alternativas. Efectivamente, este mundo único y globalizado está fragmentado. Esto no es algo de ahora: lo hemos heredado y se ha arraigado como un hecho indiscutible en la sociedad. La sociedad está fragmentada: lo político está separado de lo económico; lo religioso está separado de lo ético; lo educativo está separado de lo social; lo económico de lo político y de lo ético. Cada subsistema camina por su lado. El ejemplo claro de la fragmentariedad, como lo dijimos antes, es el viraje de la política hacia las políticas. Y sin embargo, tampoco podemos pretender absolutizar lo político en detrimento de los demás subsistemas. En la transición democrática de El Salvador se ha perseguido, en los primeros años después de los Acuerdos de Paz, la instauración de una democracia política. Sería

un error pensar que tras ella vendrá, automáticamente la democracia social. La política tiene que estar relacionada con los otros subsistemas para construir un verdadero orden democrático en el país.

Ante tal espectáculo, las propuestas gubernamentales salen sobrando, o al menos a la ciudadanía no parece importarle. De la política se ha hecho un objeto de consumo. Se queman neuronas en pensar y se gastan millones de dólares para presentar un buen anuncio de televisión, a una buena hora, que tenga un buen “ranking”, para presentar al candidato entre niños, jóvenes y ancianos, haciendo algo que seguramente en el futuro no hará: compartir con ellos. Lo mismo ocurre con los candidatos de nuestros países vecinos. No cabe duda que al descuidar la política descuidamos lo ético. Hemos suplantado lo ético por lo estético. Los ciudadanos nos hemos olvidado de pedir cuenta de las acciones de nuestros gobernantes, y muchas veces observamos con tristeza que nos acostumbramos a la corrupción.

No cabe duda que hay intereses ideológicos en todo este panorama, que abonan para que se siga en esta anemia democrática. Los primeros interesados en esto son los partidos políticos, que se sienten cómodos con que la ciudadanía siga delegando en ellos la garantía de nuestros procesos de democratización. Esta delegación de la ciudadanía en los políticos no se realiza porque estos últimos sean capaces; sino a causa del desánimo y el desgano que se han multiplicado exponencialmente desde los Acuerdos de Paz. Este año 2004, celebramos diez años de las llamadas “elecciones del siglo”, de 1994. Cabe preguntarnos si desde aquella fecha para acá somos más democráticos. Pero hay algo más que abona al desgano político: que la lógica económica del sistema ha dado su tiro de gracia a la política. El modelo liberal de mercado aboga por el adelgazamiento de los Estados, provocando un papel insignificante a los gobiernos en las decisiones más importantes del planeta.

Los candidatos y los partidos políticos han perdido credibilidad. Lo confirman los hechos y, sobre todo, el abstencionismo. Los motivos que provoca esto son inocultables: la corrupción de los gobernantes, la “partidocracia”, una planta de políticos que no se renueva, los mismos discursos vacíos, los autoritarismos de algunos gobernantes cuando llegan al poder, etc. Esto se ve incrementado porque muchos partidos políticos no tienen nada que ofrecer. Las propuestas de Plan de Gobierno no llegan a ser claras ni tampoco se dice cómo se van cumplir. Más que un verdadero Plan de Gobierno, lo que tienen son meros esquemas de trabajo que dibujan vagamente los mismos temas de siempre. Y lo que es peor aún, el contenido ideológico de algunos partidos se centra en exponer las debilidades de los contrarios: mientras unos se quejan de las prácticas neoliberales, los otros renuevan y resucitan el fantasma del anticomunismo. La población, sin embargo, espera propuestas audaces y candidatos dispuestos a llevarlas a cabo.

Ante esta caída del perfil político se vislumbra una sociedad sin ética. Y no sólo nos referimos a la moralidad de los candidatos. Nos referimos a algo más integral: a la viabilidad de los planes de gobierno, a la rendición de cuentas, al papel central que pueden ocupar los marginados de la sociedad, al combate a la corrupción, a la transparencia, a la solidaridad, etc. En este sentido, es necesario preguntarnos acerca de cómo el candidato construye el *ethos* en su gestión gubernamental: es decir, cuál es el ambiente que construye en torno a la solución de los problemas más graves de la gente más pobre del país. Esta búsqueda de un *ethos* solidario tendría que estar en consonancia con el logotipo de la Cumbre Social que se celebró en Copenhague en 1995: **“Las sociedades prósperas son las que existen en función del ser humano”**. Y esta solidaridad demanda que los elegidos estén cercanos al pueblo que los eligió. Una de las quejas más recurrentes de la ciudadanía es que los gobernantes, cualquiera sea su procedencia, se esconden de los ciudadanos que los han elegido, y ante los cuales deberían rendir cuentas.

¿En qué consistirá, entonces, dedicarse a lo político? Ante todo creemos que la democracia política es la forma más idónea para dirimir los conflictos, para alcanzar un consenso en torno al rumbo por el cual debe marchar el país, para lograr la participación de los distintos sectores de la sociedad, para garantizar la transparencia en la administración de los recursos del Estado y para ofrecer estabilidad y seguridad a la ciudadanía. En estos aspectos está vinculado el proceso político de la sociedad. En este sentido, el concepto de lo político está relacionado con los demás subsistemas, los cuales, guardando su autonomía, se relacionan como un todo integral, para construir un orden democrático. Por eso, resulta totalmente insuficiente equiparar la política con las acciones de los partidos políticos.

Entonces, ¿qué debemos pedir a los partidos políticos y a los gobernantes? ¿Cuál debería ser nuestra actitud? Antes de contestar a esta interrogante debemos ser claros que la ciudadanía no puede abandonar su papel político, es decir, su papel activo en la vida de la ciudad. A la ciudadanía le debe importar no sólo la imagen del gobernante, sino ante todo, cómo el candidato sostiene las fortalezas de sus propuestas ante los problemas de la realidad; de cómo el candidato construye el ambiente político, cómo implementa la gobernabilidad, contrarresta la impunidad, que no le tiene miedo a la alternancia política y, sobre todo, que se solidariza con los postergados de la sociedad. El gobernante, por tanto, no sólo debe responder a los electores, sino, sobre todo, a las demandas de las mayorías empobrecidas de nuestro país. Si el candidato o el gobernante rehuye de hacerse cargo de las responsabilidades antes apuntadas, poco o nada podemos esperar de su gestión. Será una gestión que le ha dado la espalda al referente ético.

Entre las muchas que podríamos mencionar para tener un papel protagónico en los procesos electorales que contribuyen a la democratización son: primeramente, que sepan escuchar con honestidad lo que los ciudadanos tienen que decir, para asegurar el bien común sin exclusiones. Luego, que tengan algo

que decir: una propuesta clara de Plan de Gobierno para ofrecer a la población. Este Plan de Gobierno debe cumplir con las aspiraciones que tenemos como nación y evitar los enfoques tan reducidos y limitados de los partidos. Posteriormente, que respeten y faciliten los espacios de participación ciudadana en la toma de decisiones y en el control de la gestión de la cosa pública: debemos asegurarnos que los candidatos nos harán en el futuro una rendición de cuentas. Para esta propuesta se exige los políticos y los gobernantes faciliten espacios para un diálogo nacional amplio y sincero con vista a una necesaria reforma electoral. Y, finalmente, debemos ser muy críticos frente a la campaña mediática. No sólo nos podemos quedar en nuestros inconscientes con alguna palabra sugestiva, o un slogan, o una melodía o un anuncio, debemos estar atentos a las propuestas viables a corto y mediano plazo.

Siempre debemos recordar que en la medida en que la actividad política no esté al servicio del bien común, la participación ciudadana difícilmente encontrará razón y esperanza para superar el desencanto y la indiferencia para desarrollarse y expresarse en forma determinante. Lo importante consiste en aceptar que el poder reside en el pueblo, el cual lo delega de manera temporal a un partido político para que administren la cosa pública en bien de todos.

Enero del 2004

¹ Esa discusión presupone un nivel académico adecuado de todos los ciudadanos. Un derecho negado históricamente a una buena parte de nuestra población y que por tanto vuelve sesgado los resultados de dichos procesos, ya que son dominados por una minoría que no necesariamente representa el pensar y sentir de todo el país.

¹ ORELLANA MILLA, Roberto. Ponencia en seminario "La privatización de la banca comercial", CENITEC, 1990.

¹ Ley de privatización de Bancos Comerciales y de Asociaciones de Ahorro y Préstamo. Decreto Legislativo 640. Decreto Oficial 280, tomo 309. Diciembre 12 de 1990.

¹ Es recomendable para los idolatras del libre mercado leer sobre la historia del desarrollo económico de los países de reciente industrialización (incluido Japón) y de la historia de la reconstrucción en la postguerra de países como Francia y Alemania para que más que un análisis ideológico de la idoneidad del libre mercado hagan un análisis teórico e histórico que les permita comprender el error que significa fetichizarlo.

¹ CERVERA Manuel. GLOBALIZACIÓN JAPONESA, LECCIONES PARA AMERICA LATINA. Citando a Daniel Okimoto de su obra "Regime characteristics of Japanese industrial policy"

¹ Precisamente una de los keiretsu más famosos está liderado por el Banco Industrial de Japón (IBJ).

¹ La legislación actual ya no contempla techos máximos de propiedad accionaria.

¹ En 1997 sólo existían 77 cajeros automáticos, para el año 2000 esa cantidad se había multiplicado en 5.4 veces, llegando a 418 unidades. De igual manera, el ahorro promedio al utilizar medios electrónicos en la banca es de \$12,200 por día. AYALA, Rolando "El desarrollo de productos y servicios electrónicos financieros modernos y su impacto en el sistema bancario salvadoreño". Septiembre 2001.

¹ Informe Primer Semestre de 2003. Banco Agrícola Comercial

¹ Publicación mensual de la Superintendencia de Bancos de Guatemala. Octubre 2003.